

COLECCIÓN CIENCIA URBANÍSTICA

al cuidado del Laboratorio de Urbanismo
de la Escuela Técnica Superior de
Arquitectura de Barcelona.

Director: Manuel de Sola Morales Rubió,
catedrático de Urbanística.

MARINO FOLIN
LA CIUDAD
DEL CAPITAL
Y OTROS
ESCRITOS



GG

Ediciones G. GILI, S. A.
MEXICO, D. F. 1977

USP-FAU
720.1
F716c1

00021716

MONOGRAFÍAS
CIUDAD DEL CAPITAL Y OTROS ESCRITOS



Ediciones G. Gil, S. A.

México D.F. *Locales 8/8* Tels. 087-18-67 687-16-19
Barcelona-15 Rosellón, 87-89, Tel. 259 14 00
Madrid-6 Alcantara, 21, Tel. 401 17 02
Vigo Marqués de Valladares, 47, 1.º Tel. 21 21 36
Bilbao-1 Colón de Larreategui, 14, 2.º Tel. 23 24 11
Sevilla-1 Madre Ráfois, 17, Tel. 45 10 30
1664 Buenos Aires Cochabamba, 154-158, Tel. 33 41 85
Bogotá Calle 22, número 6-28, Tel. 42 76 91
Santiago de Chile Santa Beatriz, 120, Tel. 23 79 27
Sao Paulo Rua Augusta, 974, Tel. 256 17 11

Índice

Introducción, por M. Lorenzo Calabi 9

Primera Parte

I.1. La ciudad del capital	15
I.1.1. La ideología arquitectónica en Italia en los años sesenta	15
I.1.2. Crítica de la economía política y "nueva fundamentación" materialista de la arquitectura	27
I.1.3. El uso capitalista del espacio físico	32
I.1.4. Conclusiones	51
Notas	54
I.2. "Ciudad" y "territorio" como capital fijo: algunas contradicciones	61
Notas	72

Segunda Parte

II.1. Programas del curso de Tecnología de la Arquitectura II (Instituto Universitario de Arquitectura de Venecia)	75
II.1.1. "La organización de la ciudad en la lógica de la explotación capitalista y la lucha de clases", en colaboración con F. Buzzzi (curso 1970-1971)	75
II.1.2. "La construcción-transformación del espacio físico" (curso 1972-1973)	79
II.1.3. "La construcción de infraestructuras y la producción del capital fijo social" (curso 1973-1974)	81
II.1.4. "Formas de producción y tecnología de construcción de las condiciones generales de la producción del capital social" (curso 1974-1975)	82

Títulos originales y copyrights:

- I.1. *La città del capitale. Per una fondazione materialistica dell'architettura.* De Donato Editore, Bari, 1972.
- I.2. *VV.AA. Città e territorio: Pianificazione e confluita.* Cooperativa Editrice Economia e Commercio, Nápoles, 1974.
- III.1. Eugène Hénard, *Alle origini dell'urbanistica. La costruzione della metropoli* (a cura di Donatella Calabi e Marino Folin), Marsilio Editori, Padua, 1972.
- III.2. Werner Hegemann, *Catologo delle Esposizioni Internazionali di Urbanistica. Berlino, 1910 — Düsseldorf, 1911-1912.* Il Saggiatore, Milán, 1975.
- III.3. *VV.AA. L'urbanistica del riformismo. USA. 1890-1940.* Gabriele Mazzotta Editore, Milán, 1975

Todos los textos de este volumen publicados en otro lugar llevan a pie de página la procedencia correspondiente.

Version castellana de Juan Diaz de Aauri

© Marino Folin, Venecia, 1976
y para la presente edición castellana,
Editorial Gustavo Gili, S.A., Barcelona, 1976

0 3 10 86 / 470x

II.2. Notas para el curso de Tecnología de la arquitectura II, (curso académico 1972-1973)	89
--	----

II.2.1. "Forma de ciudad": su apariencia. La "ciudad" como fenómeno "natural". El modelo "natural" de crecimiento de la ciudad. Teorías de: Reinhardt Baumeister (<i>Stadt-Erweiterungen</i> , 1867); Eugène Hénard (<i>Les transformations de Paris</i> , 1903-1908); Richard Hurd (<i>Principles of City Land Values</i> , 1903); Ernst Burgess (<i>The growth of the city</i> , 1925). Hipótesis simplificadoras presentes en las "explicaciones" que hacen referencia a la formación del precio de las áreas	89
--	----

II.2.2. La ciudad como "agente económico". El "desarrollo" urbano. Modelos de interpretación y modelos de predicción. La aglomeración de actividades productivas y de población en el espacio y las "economías" relativas a dicha aglomeración	97
--	----

II.2.3. Génesis de la ciudad y de su forma. Ciudad como concentración de medios de producción, de fuerza del trabajo, de productos mercancias. Forma de ciudad y forma de propiedad	98
---	----

II.2.4. La construcción del "capital fijo social": las obras de urbanización	105
II.2.5. El plano regulador y los elementos mediante los cuales se construye el espacio físico	113

Tercera Parte

III.1. La construcción de la ciudad en el modo de producción capitalista. (En colaboración con Donatella Calabi)	119
Biografía de Eugène Hénard	159
Principales escritos de Eugène Hénard	161
Notas bibliográficas	162

III.2. "Instrumentos urbanísticos" y "desarrollo natural de la Grossstadt"	163
--	-----

III.3. La ciudad de fundación industrial en América: razones del fracaso de una forma urbana específica del capitalismo	195
Notas	217

Introducción

Arquitectura como utopía progresiva; arquitectura como apolo-gética. En torno a estos términos se ha articulado la polémica más reciente sobre la disciplina arquitectónica y su historia. Por un lado, la polémica parece haber concluido en la reafirmación de que la arquitectura es capaz de proponer «valores» genéricamente sociales, o demócráticos, incluso socialistas. Una reafirmación que, no obstante, prescinde en gran medida de las condiciones materiales que subyacen a este aspecto de la praxis social, o que abiertamente manteniendo el significado de esta materialidad. Por otro lado, parece también haber concluido en la negación de cualquier funcionalidad política anticapitalista de la arquitectura, en la medida en que decreta su muerte como mera ideología, y la identifica en la actualidad, en su más amplio significado, con las técnicas del plano.

A partir de esta problemática—adquirida a través de los instrumentos de comunicación teórica y puesta a prueba, incluso en la práctica, a lo largo de una intensa actividad proyectista en el campo de instalaciones de uso colectivo—, Marino Folin releve en estas páginas determinados aspectos del *Capital* y de los *Fundamentos de la crítica de la economía política* con la intención de llegar a la formulación de algunas primeras hipótesis para una comprensión materialista de la arquitectura.

A la luz del pensamiento de Marx, desde el punto de vista de la elaboración de un plano *lógico* del discurso, las categorías consagradas por la tradición—por ejemplo, las categorías de ciudad, de campo, etcétera—, asumen nuevos significados y aparecen como expresiones de un saber, teórico e ideológico a la vez, históricamente determinado; y sus referentes reales se muestran como fenómenos de la concentración y de la dispersión—espaciales—de los medios de producción y de las fuerzas del trabajo, determinadas y conformadas por el desarrollo del modo de producción capitalista. Y, de ahí, esencialmente, como fenómenos de la utilización capitalista del espacio físico.

Dicha utilización se estudia aquí en sus dimensiones fundamentales. Una primera dimensión consiste en que tal utilización es re-utilización de la naturaleza (histórica), o construcción del espacio físico, y esta construcción tiene lugar en la medida en que se trata de productos del

modo de producción capitalista —mercancías producidas en la forma capitalista—; y una segunda dimensión consiste en que —más allá de la apariencia del *produce market*, más allá de las relaciones entre la demanda y la oferta, potenciales y efectivas, de los manufacturadores— tal construcción corresponde a la demanda planteada por el desarrollo de las fuerzas productivas y la totalidad del espacio físico tiende siempre a confirmarse como un elemento del capital fijo social.

Desde este punto de vista, las contradicciones particulares que se producen en el ámbito del territorio aparecen como momentos de la construcción más general del modo de producción dominante, la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y sociales que dicho desarrollo genera y exige, y las relaciones sociales de producción que lo permiten y definen en su especificidad histórica transitoria. El espacio físico en su integridad (y la aglomeración de medios de producción y fuerza del trabajo que se denomina ciudad es sólo un aspecto de dicho espacio) tiende progresivamente a mostrarse como lugar del capital social, en el sentido en que progresivamente tiende a ser usado, y construido, como condición del trabajo combinado, o bien como una de las formas del capital fijo que participa de fases de ciclos totales de producción cada vez más integrados entre sí y más distribuidos en el territorio, según las diversas y variables formas de concentración y distribución que éstos reclaman. En la medida en que esta forma particular del capital fijo se convierte en elemento de la coordinación y de la interacción de las diversas fases de los procesos de la producción y de la interacción de las diversas formas de la composición orgánica de los diversos capitales y, a nivel de totalidad, del capital social, en tanto que disminuye una de sus partes constituyentes, la parte variable respecto de la constante. En la medida en que es lugar de la combinación del trabajo y lugar, también, de lo social y de la socialización, el espacio físico estructurado como «máquina» aparece como una de las condiciones (progresivas) de la reproducción de la sociedad contemporánea. Pero, porque lugar de lo social, en tanto que condición de la reproducción de las fuerzas del trabajo combinado y dividido, aparece también como una de las dimensiones esenciales de la lucha por la emancipación de tales fuerzas, puesto que el espacio físico, en el seno de este modo de producción, junto a ser usado colectivamente (habiendo sido construido para ser usado de tal modo) es asimismo usado (habiendo sido asimismo construido para ser usado de tal modo) individualmente y de forma excluyente y discriminatoria.

Las hipótesis de Marino Folin son por ello radicalmente críticas frente a aquellas disciplinas, sectoriales, que se ocupan de los procesos de concentración, de dispersión, de localización (industrial, etc.), pero considerándolos sólo como puros fenómenos; disciplinas que tienden a controlar determinados procesos «espontáneos», determinadas contradicciones particulares que se verifican en el ámbito del territorio, sin ocuparse de comprender su naturaleza esencial o de explicarla. Frente a tales disciplinas la contribución que presentamos se propone ser rigurosamente materialista: no es, ni pretende serlo, una investigación de

tipo económico. Fija su objetivo en una crítica de la —por algunos pretendida— autonomía de la arquitectura; trata de dar con una nueva formulación de dicho concepto; busca reafirmar las razones peculiares, no ya de la arquitectura que nos presenta la tradición cultural, sino del campo teórico de que forma parte; trata, en suma, de aclarar la especificidad de su objeto real, especificidad que expresa la arquitectura cuando se comprende de este nuevo modo.

Por el nivel de elaboración en que se proponen las hipótesis contenidas en estas páginas, presentan un evidente carácter propedéutico: más que indicar una variedad de direcciones de investigación a recorrer, frecuentemente las sobreentienden. Así, se pueden considerar como típicas las aglomeraciones «parasitarias», las ciudades burocráticas, comerciales, y los *bidonvilles* —en tanto que aspectos característicos de las modificaciones que el desarrollo del capitalismo produce en la composición de clase y en las relaciones entre la clase de los capitalistas, la clase de los obreros asalariados, la clase de los receptores de renta urbana, las clases medias, las figuras aparentes, históricamente cambiantes, pero circunstanciadas, que asume el ejército industrial de reserva—. Ahora bien, el sentido en que puedan concebirse tales aglomeraciones, constituye, a mi juicio, un *problema* analítico: un problema que no se aborda directamente en este trabajo, pero que se plantea y estudia desde el punto de vista histórico, según el método logico-histórico (aspecto esencial de las enseñanzas de Marx), que el estudio de Folin tiene la virtud de seguir.

La relación entre lo que es específico de la disciplina y la lucha de clases, relación que este trabajo pretende considerar, no consiste en una utilización instrumental de la teoría. La propia comprensión materialista de la arquitectura se entiende aquí como un momento de la lucha de clases, en la medida en que singulariza los propios parámetros, la propia razón y origen, en los antagonismos de clase que se producen y se venen manifestando en la construcción capitalista del espacio físico, y se esfuerza por conceptos y expresarlos teóricamente. En este sentido este trabajo no elude, sino que replantea, una serie de problemas que para su solución requieren ser considerados como datos integrantes de la lucha de clases; esto es, problemas que, una vez planteados de forma exhaustiva, puedan resolverse precisamente en la medida en que aquel planteamiento exhaustivo constituya una contribución a la elaboración total de la inteligencia colectiva. Si los procesos contradictorios que se dan en el ámbito del territorio remiten, cuando se trata de resolverlos, a la solución de la contradicción general y específica del modo de producción capitalista, una verificación que relacione concretamente la formulación teórica con el análisis de las fuerzas sociales (esto es, la articulación de tales fuerzas en el contexto de las diversas formaciones económicas) puede llegar a constituir el campo en que efectivamente se dé la ligazón de la práctica teórica con las luchas de la clase obrera.

M. Lorenzo Cababi

1.2. «Ciudad» y «territorio» como capital fijo: algunas contradicciones *

Las cuestiones que aquí suscito hacen referencia a la funcionalidad del espacio físico —por el modo en que se estructura y por los elementos que lo constituyen— en relación con el proceso de producción y reproducción del capital.

Pienso que el problema no reside sólo en hacer que correspondan las diversas fases del proceso cíclico del capital, en sí mismo considerado, con los diversos sistemas a través de los cuales la organización del espacio físico queda conformada bajo el modo de producción capitalista —o sea las diversas configuraciones que asume el espacio físico—. Procediendo así, corremos el peligro de caer en una especie de tautología clasificatoria que no modifica los límites de conocimiento de que partimos. A mi juicio, el problema está mal planteado: no se trata de contemplar el espacio físico —en sus diversas configuraciones o conformaciones— como lugar *en que se da* la transformación de la fuerza del trabajo o lugar *en que se dan* los procesos de circulación; esto es, lugar de los procesos de creación o realización de la plusvalía. El problema, por el contrario, consiste en considerar el espacio físico, no como un bien *dado* en el cual redescubrir el *valor de uso*, sino como un recurso del cual —en sus partes o elementos constituyentes— habrá de considerarse el modo en que *entra a formar parte* del proceso de creación o realización de la plusvalía.

En mi opinión, esta forma de llegar al problema permite encaminar el análisis hacia dos puntos. Pero, antes que nada, quisiera precisar que no porque planteemos el problema en estos términos podemos simplemente limitarnos a hablar de concentración y de dispersión, debemos también tener en cuenta la *forma* peculiar que asumen en el territorio la concentración, o dispersión, de los medios de producción y de la fuerza del trabajo. Es decir, no podemos limitarnos a consignar, desde un punto de vista que sólo atienda directamente al puro fenómeno, las diversas configuraciones que asume históricamente la concentración de los medios de producción y de la fuerza del trabajo; asimismo debemos

* Publicado en AA.VV., *Città e territorio: pianificazione e conflitto*, Cooperativa Editrice Economia e Commercio, Nápoles, 1974.

considerar si tal concentración se presenta con características de permanencia determinadas y, en tal caso, consignar cuáles sean.

Decía que esta forma de abordar el problema permite encaminar el análisis hacia dos puntos. Un primer punto compete a las cuestiones más directamente disciplinables. En realidad, pienso que la vía que me propongo seguir puede abrir el discurso a consideraciones y valoraciones sobre el origen de las determinaciones propias de nuestra disciplina. Esto es, a considerar en términos «genéticos» algunas precisiones y algunas determinaciones propias de los instrumentos de control del espacio físico, a que habitualmente nos referimos.

El otro aspecto, colateral a este, es, en mi opinión, el aspecto central: el análisis del modo en que el espacio físico, en sus diversos elementos, entra *en el* proceso de producción y reproducción del capital permite sorprender, en el modo mismo en que queda estructurado el espacio físico, algunas contradicciones que remiten (en el límite inmanente al capital) al modo de producción basado en el capital. Este límite, en la concepción marxista, es—como se sabe—el capital mismo.

Tal límite se expresa, de hecho, en la tendencia a reducir el tiempo de trabajo al mínimo, en tanto que, por otro lado, el tiempo de trabajo se instituye como el único baremo origen de riqueza social. Este límite encuentra su ley en la caída tendencial del tipo de interés medio, y expresa la contradicción entre relaciones de producción y desarrollo de las fuerzas productivas.

En fin, pienso que algunos modos que asume la conformación del espacio físico —la incapacidad de las ciencias burguesas para ordenar en leyes tales modos— deben reconsiderarse en el ámbito de aquellas contradicciones.

El problema, pues, no consiste en contraponer la ciudad al territorio, o, lo que viene a ser igual, limitarse a considerar la ciudad como lugar de la concentración, y el territorio como lugar de la dispersión, correspondiendo a aquella la transformación de la fuerza de trabajo y a éste los medios de producción.

El problema consiste en considerar cuáles sean las formas que asumen en el espacio la concentración de los medios de producción y de la fuerza del trabajo y avanzar en este punto una hipótesis: supongamos que la permanencia de la forma de ciudad, forma particular que asume la concentración de los medios de producción y de la fuerza del trabajo (aun cuando por concentración entendamos, no valores absolutos, sino relativos): supongamos, como decía, que la permanencia de la forma de ciudad, permanencia contradictoria, no se explica tanto por algunas contradicciones específicas del modo de producción basado en el capital, como por la constatación de momentos históricamente distintos en cuanto al uso del territorio, o por la presencia de lugares destinados a *fases* distintas del proceso de producción y reproducción del capital social.

Este es el tema que querría introducir. Me propongo desarrollar tal hipótesis recurriendo a la categoría de capital fijo (social).

La primera consideración, a tomar como punto de partida, respecto a la forma de ciudad estriba en que el crecimiento de la ciudad,

según un modelo radiocéntrico [que supone «el añadido a un núcleo por cada lado» según una definición que de la ciudad da Baumeister (1876)]¹ crecimiento rápido que arranca con el siglo XIX, es un fenómeno propio del modo de producción basado en el capital, independientemente de las configuraciones que tal crecimiento ha asumido.

Esta es la primera consideración de que parto. O, lo que es lo mismo, entiendo que este fenómeno se hace del todo evidente a partir del período en que el capitalismo, como modo de producción dominante, llega (en palabras de Dobb) «a la realización de su específico proceso productivo». ¿Tal período coincide con el que se ha venido en llamar de la revolución industrial y abarca desde finales del siglo XVIII hasta la primera mitad del siglo XIX?

A finales del siglo XIX el fenómeno del crecimiento de la ciudad, según métodos que se evidenciarían como permanentes, se había generalizado, de hecho, hasta tal punto, que A. Ferrin Weber escribía en el primer estudio estadístico demográfico sobre el crecimiento de la ciudad: «... que el fenómeno más relevante del siglo sea la concentración de la población en la ciudad, es ya una observación tópica. La tendencia hacia la concentración o la aglomeración constituye un fenómeno general en el mundo.»²

Si la consideración inicial es cierta, dicho fenómeno del crecimiento urbano no puede ser valorado de ninguna forma en los términos historicistas del desarrollo de la ciudad, que contemplarían a la ciudad como sujeto histórico. Tal «fenómeno» sólo puede ser valorado en términos estructurales, es decir, a partir de aquello que transforma a este modo de ocupación del suelo en específico del proceso de producción y reproducción del capital. Este fenómeno, pues, debe ser valorado en términos de funcionalidad con respecto del proceso de producción y reproducción del capital. Por otro lado este mismo fenómeno se valora en términos de «producto»: producto del modo de producción basado en el capital, o bien como *resultante* de los procesos de producción capitalistas, y, de ahí, una vez más, en términos de la relación entre los procesos que confluyen hacia aquel resultante, esto es hacia la ciudad, y el ciclo total de la producción ampliada del capital social.

La ciudad queda, por lo tanto, expresada en términos de modelo, y debe tratarse necesariamente de un modelo estructural genético según el cual resulten ordenados los rasgos distintivos que definen la ciudad en cuanto funcional para el capital y como producto del mismo. Pero también aquí permanecen los límites estructurales inherentes a este modelo, o, lo que es igual, las condiciones de su verificación, las variaciones que admite y las condiciones de su fin.

Antes de seguir consideremos lo que se debe entender por ciudad, más allá de su aspecto inmediatamente visible de concentración de población. Esto es, cuáles son los caracteres que la ciudad presenta en su crecimiento, por los que la ciudad queda definida en cuanto tal. Tales caracteres, desde el momento en que el fenómeno se manifiesta, han sido ordenados, en el ámbito de las disciplinas que sobre este fenómeno se han constituido, según un modelo (analítico deductivo) del desarrollo

de la ciudad. Según este modelo la ciudad crece homogéneamente por todos sus lados a partir de un núcleo central; este crecimiento homogéneo por cada lado se desarrolla a través de una subdivisión de la ciudad en zonas, por coronas concéntricas; esta subdivisión en zonas responde a las actividades que se ejercen en la ciudad según las diversas funciones (en el centro la actividad de orden directorial y comercial, en la corona inmediata aquellas actividades preferentemente productivas, y en coronas sucesivas, las zonas residenciales), o bien a una distribución de la población según sea su categoría de renta o su clase social.

Este modelo —y aquí pretendo subrayar aquello que hace referencia a la permanencia de este modelo en el tiempo, es decir: su identificación con la forma de ciudad (y forma de ciudad no sólo significa concentración de los medios de producción y de la fuerza del trabajo, sino concentración de los medios de producción y de la fuerza del trabajo en una forma dada)—, este modelo —decía— está presente en las teorías de R. Baumeister, E. Héhard, R. Hurd, E. Burgess,⁴ y está implicado también en algunas hipótesis simplificadoras, que se han formulado recientemente, y que han servido de punto de partida, por ejemplo, para la investigación sobre la formación del precio de las áreas edificables o sobre la ley que regula la distribución de la población a partir de las nuevas configuraciones que esta distribución ha recibido en las aglomeraciones urbanas.

Lo que se ha descrito en este esquema no es otra cosa que aquello que, desde el principio, ha sido comprendido como «desarrollo natural» de la ciudad, sin tener en cuenta las distintas configuraciones que ha asumido la ciudad posteriormente. Tales caracteres se manifiestan permanentes en el tiempo, bien que posteriormente, como veremos, en términos cada vez más contradictorios.

Hagamos ahora algunas consideraciones sobre la ciudad en tanto que concentración. Es conocido, como aspecto específico del modo de producción basado en el capital —por lo que respecta al uso que, en tal modo de producción, se hace del espacio físico—, el hecho de la concentración, el hecho de la aglomeración física, sobre el suelo, de los medios de producción y de la fuerza del trabajo; y también es conocido que tal concentración se sigue de la que se articula como *ley general de la acumulación capitalista*,⁵ que remite a lo que constituye el punto de partida *histórico y conceptual* del modo de producción capitalista. Esto se relaciona con la *cooperación*, en tanto que *forma fundamental* en lo que respecta a la producción de plusvalía relativa. A partir de ahí se relaciona con la manufactura, a partir de ahí con la gran industria. En esta concentración reside el fundamento del crecimiento de la ciudad y, por ende, constituye la esencia de la ciudad en cuanto concentración, con independencia de cuál sea su forma. Si de hecho, debemos tener claro que «las mismas causas que concentran las masas de trabajadores bajo el mando de capitalistas individuales, lo son, asimismo, de que aumenten en proporción creciente los fondos del capital fijo invertido y de las materias auxiliares frente al fondo del trabajo vivo invertido»,⁶ el problema que aquí se suscita es el que se ordena a la comprensión de

por qué esta concentración de fondos de fuerza del trabajo y de los medios de producción asuma después una forma peculiar que no es en absoluto natural. Dicho de otro modo, el problema que aquí se suscita es el de comprender por qué la concentración asume generalmente la forma de ciudad. ¿Cuál es la razón de que una serie de transformaciones (tales como la formulación del problema) del espacio físico, transformaciones discretas y motivadas por exigencias determinadas —las específicas de la concentración— y cuyos sujetos están, asimismo, bien determinados, aparezcan después reducidas a unidad en la forma de ciudad? Esto no contradice el hecho de que la ciudad se convierta en el sujeto a partir del cual sea posible medir y controlar aquellas transformaciones singulares del espacio físico.

Aquí se sitúa la aparición del plano regulador y otros instrumentos semejantes de intervención sobre el territorio, que prescinden de las intervenciones singulares de los diversos capitales, las «superan» completamente. La ciudad llega a ser autónoma respecto de aquellas variables —medios de producción y fuerza del trabajo, así como su reciproca interacción y autonomía—, no obstante residiendo su razón de crecimiento en ellas. A partir de tal equivoco, en el ámbito de las disciplinas que de la ciudad se ocupan, se la contempla como «organismo viviente» que, en cuanto tal, puede ser estudiado en su «evolución» según unas leyes naturales. Y todo esto —entre otras cosas—, por absurdo que pueda parecer, precisamente en el momento en que la ciudad pierde realmente «la individualidad» que hasta el momento la había caracterizado.

En esta confusión (*concentración y acumulación*, en tanto que presupuesto y resultado del proceso de producción basado en el capital, por un lado, y ciudad como metrópoli o área metropolitana, por otro) incurren también aquellos estudios que se proponen investigar sobre las relaciones que se establecen entre espacio y empresa económica, o bien sobre las leyes que regulan la formación del espacio económico en relación con la localización de las actividades económicas o de las empresas (que se presentarían precisamente concentradas de manera diversa en aglomeraciones).

Las teorías que se han formulado en este campo (*central place, rank size distribution, economic base*) acaban por dar forma de ley, o carta de naturaleza, al modo en que se ha conformado históricamente aquella concentración. No podía ser de otro modo, y, aquí, el discurso podría encaminarse a una crítica de los cometidos epistemológicos de aquellas teorías, que se han basado en codificaciones de regularidades empíricamente manifiestas.

Ciudad o desarrollo urbano llegan a ser, desde este punto de vista, sinónimos de desarrollo. Sin embargo, a estas teorías se puede oponer, por un lado, su incapacidad para planear en el ámbito de la temática urbana (y de ahí su incapacidad para comprenderla) la complejidad real en que se articula la concentración y distribución de actividad en el espacio; de tal suerte que las cada vez más numerosas excepciones o deformidades con respecto al modelo se justifican como fenómenos de

naturaleza patológica o como desarrollós frustrados. Por otro lado, su inutilidad en el plano operativo o, lo que es igual, la incapacidad que demuestran para comprender los desplazamientos de las actividades productivas en el espacio y su relación, de cuando en cuando variable, con aspectos definidos y variables de la concentración a partir de leyes relativas a la aglomeración urbana; o bien, una vez más, su incapacidad para comprender el modo en que el espacio interviene en el proceso de producción y reproducción del capital, así como el papel que desempeña en el seno del más general desarrollo de las fuerzas productivas.

Por un lado, parece bastante difícil reducir la lógica que relaciona la concentración y la distribución de los asentamientos a relaciones entre centros urbanos; mas bien parece que la lógica de la ciudad radio-céntrica entre en conflicto con las exigencias de funcionamiento del proceso de producción del capital, considerado en su singularidad. Por otro lado, sin embargo, la constante ratifica este modo de ocupación del suelo, aun en límites muy próximos, dentro de los cuales acaba por ser contenida la concentración de los medios de producción y de la fuerza del trabajo, genéricamente considerados.

Tal parece ser la mayor dificultad con que topan las disciplinas que investigan sobre las leyes de formación del espacio físico, dificultad insoluble en la medida en que tal investigación se limita a la consideración del dato visible y a la «naturalidad» del fenómeno urbano. Tampoco puede resolverse tal problema recurriendo a la historia.

Y precisamente se suele plantear el problema en términos históricos. Según dicho planteamiento, el paso de la manufactura a la gran industria coincidiría con el crecimiento de la ciudad, que se vería privilegiada, en lo que respecta a la localización de los asentamientos productivos, por su carácter esencial de lugar de mercado. Según esta pauta se da una gran importancia a las vías de comunicación y a la localización de la ciudad originaria en relación con su desarrollo sucesivo. Así, el rápido crecimiento de la ciudad y, de ahí, la aparente descomposición de la ciudad se relacionan fundamentalmente, en este caso, con las innovaciones técnicas de los medios de comunicación y del transporte. De ahí, también, la tentación de formular siempre nuevas categorías que permitan comprender esta nueva realidad.

En esta línea de interpretación, B. Berry avanza, en un libro relativamente reciente,⁷ una descripción en periodos que es significativa de este modo de plantear el problema: se trata de una descripción que hace referencia al desarrollo urbano que históricamente ha tenido lugar en Estados Unidos. Según Berry estos periodos serían tres y coincidirían con distintos momentos del desarrollo económico. Los denomina así: 1) *mercantile beginning*; 2) *industrial transformation*; 3) *amenities and services*.

De ellos sólo los dos primeros contemplan un desarrollo de la ciudad, de la metrópoli. Descentralización de las actividades productivas, dispersión de las mismas y alto nivel de dispersión de la población connotarían la última fase, que supone la crisis y la definitiva descomposición de la ciudad, así como la afirmación de lo que se ha venido en

delimitar como *urban field* o «continuum» urbanizado como homogeneidad.

Sin embargo, también en este caso, el paso de un periodo al siguiente sería sólo fruto de un desarrollo genérico, posibilitado por una modernización tecnológica de los medios de comunicación y del transporte.

La argumentación de Berry se apoya en la consideración de las formas que recientemente ha asumido la urbanización en América, y se basa en algunos escritos anteriores de J. Friedmann y J. Miller.⁸

Estos, retomando algunas revelaciones empíricas de Vernon, formulan dos proposiciones que legitimarían la hipótesis del *urban field*. La primera consiste en que el crecimiento futuro de la población en USA —dicen Friedmann y Miller— deberá darse casi exclusivamente en las áreas que ellos mismos han definido como *urban field*, es decir, aquellas áreas que han quedado libres de las mediciones llevadas a cabo con instrumentos como los del Standard Metropolitan Statistical Area, encaminados a la determinación de las áreas metropolitanas de USA. La segunda consideración, siempre de Friedmann y Miller, consiste en que en el seno de cada campo urbano se pueden detectar, ahora ya, una serie de fuerzas centrifugas que tienden a empujar el asentamiento de la población y la localización de las actividades hacia fuera de los centros metropolitanos existentes, a lo que actualmente constituye la periferia. Y continúan con una enumeración excesivamente larga de las actividades que serían empujadas al exterior.

Sin embargo, tales proposiciones no toman en consideración el hecho de que: a) esta tendencia, estas fuerzas están realmente presentes desde el principio en el modo en que crece la ciudad, y esta tendencia forma parte del modelo de crecimiento de la ciudad que hemos mencionado anteriormente; b) aquella descentralización se da a una escala tan ampliada que, en su proceso, las nuevas localizaciones —aunque aparecen como *footlose*— se relacionan siempre con un centro que, ahora ya, para los objetivos de las nuevas localizaciones, cubre toda el área metropolitana; y, mucho más amplio que esta área, se extiende el *commuting field*, es decir, el área en que reside la población que tiene relaciones laborales cotidianas con la metrópoli.

De aquí, perfectamente justificada, la reaparición del modelo radio-céntrico de la Escuela de Chicago en las hipótesis simplificadoras que se han evidenciado en las tentativas de formular una teoría pura de la formación de las áreas. Me refiero en particular al estudio de Ialio Maganani,⁹ que precisamente se propone como objetivo la formulación de una teoría pura de la formación del precio de las áreas, en relación con los fenómenos más recientes de urbanización, tales como el *leap frog development*, el *ribbon development*; y, así, una vez más, aquel esquema, presente desde el principio y relativo a la forma de la ciudad, reaparece en la simulación de modelos de metrópoli contruidos para el control y la racionalización del tráfico urbano.

Por ejemplo, la metrópoli que se plantea en el modelo de Lowry¹⁰ aplicado a la *urbanized area* de Pittsburgh, no sólo es más «simétrica»

que la real, sino que además pone de manifiesto que la ciudad ha de crecer «a lo largo de la línea de menor resistencia», según una definición de Richard Hurd, y que la ciudad está dividida en sectores concéntricos, localizándose las actividades básicas en las áreas centrales.

Así, del mismo modo, en el Greater London Development Plan se vuelve a proponer el esquema viario de Honard a base de radiales y anulares.

Hasta aquí las consideraciones que he esbozado, en la medida en que contemplan la permanencia de la *forma* de ciudad, contemplan, por último, como esta *forma* se presenta en límites muy próximos; esto es en la contraposición entre *commuting field*—áreas de trabajadores pendulares— y áreas centrales (aun a una escala muy ampliada), donde se localizan las actividades productivas de tipo diverso, además de las directoriales. Ahora bien, tal forma no se presenta únicamente en términos de uso del suelo, sino que se presenta—y sobre ello volveremos más adelante introduciendo, llevando el discurso, al tema del territorio en cuanto capital fijo—, se realiza, se concreta en la forma radiocontrica que toman las redes viarias y las redes tecnológicas. Por ejemplo, la alusión al G.L.D.P. (Greater London Development Plan) pretendía precisamente poner de manifiesto que, en este caso, la forma de ciudad permanece en el replanteamiento, en términos de plano, de una red viaria radiocontrica.

Si bien la ciudad, en tanto que concernida por su aspecto inmediatamente visible de acumulación, debe remitirse, para su comprensión exacta, a lo que constituye su primera razón, es decir, a las necesidades propias del proceso social de la producción basada en la gran industria—y, por ende, que deba considerarse aparte del hecho de que se trata esencialmente de una acumulación de los medios de producción y de la fuerza del trabajo—, sin embargo, de ningún modo puede considerarse en sí misma, sino únicamente en su funcionalidad propia de concentración de los medios de producción y de la fuerza del trabajo con respecto al ciclo total de la producción del capital social en las diversas articulaciones en que éste se desarrolla; a partir del cual esta acumulación asume configuraciones variables en dimensiones o en densidad, según que se considere uno u otro de los dos términos en el que se da la acumulación en relación con las diversas articulaciones del ciclo.

En caso de que tal acumulación se presente con rasgos de autonomía, esto es en caso de aparición de la ciudad, ésta no queda explicada por el hecho de que la acumulación capitalista funcione necesariamente con unas características determinadas o «leyes» (de donde se deriva la sinonimia entre desarrollo urbano y desarrollo), sino que debe remitirse, por un lado, a los presupuestos históricos de que ha partido el desarrollo capitalista—esto es en lo que respecta no tanto a la forma de ciudad, como a la configuración que ha asumido aquella acumulación, esto es la configuración que progresivamente asume la forma de ciudad—, y por otro debe remitirse—sobre todo en lo que respecta a la forma que aquella acumulación ha asumido y asume— a las condiciones materiales de la

producción de los elementos físicos que constituyen la ciudad o, lo que es igual, a las leyes que regulan la *producción* de la ciudad.

Dos, pues, son las consideraciones que debemos formular a propósito de la diversa naturaleza de estos productos resultantes de operaciones de transformación y construcción del espacio físico. Estos productos, en tanto que productos-mercancía, esto es, productos de un proceso de producción basado en el capital, son productos *singulares*, *discretos* e *indiferentes* entre sí.

El primero de los términos hace referencia exclusiva a los procesos de producción relativos a cada uno de estos elementos, y encuentra su propia explicación en el hecho de que los diversos productos son el resultado de los procesos productivos que presiden capitales o rentas singulares con características propias. Es decir, esta singularidad remite a características diversas, a la diversa composición de los capitales invertidos en operaciones de transformación del territorio; y en consecuencia, en relación con esta diversidad, cada uno de estos productos implica singularmente la *restitución* del capital en el invertido, o bien la *realización* del valor en el contenido, prescindiendo del modo inmediato o diferido en que esta realización se da.

El segundo de los términos encuentra su propio fundamento en el hecho de que, por lo general, el objetivo determinante y el motivo propulsor de los procesos productivos que concluyen en aquellos productos estricta en la creación de plusvalía o en el apoderamiento de la plusvalía producida por otros, y, sólo de forma secundaria, en la realización de un valor de uso determinado.

A partir de aquí articulamos los dos temas propuestos al principio. A partir de aquí se explica la aparición de diversos elementos, reciprocamente indiferentes; a través de los cuales se construye o, mejor, se *produce* la ciudad: viviendas, calles, redes tecnológicas de servicio, instalaciones sociales. Y la separación de estos elementos, cada uno de ellos de todos los demás (según las prescripciones propias de los manuales, que también hemos llegado a considerar naturales), remite no ya al distinto valor de uso que tienen estos elementos, sino al hecho de que cada uno de tales elementos (las viviendas o las cantidades residenciales aptas para el asentamiento con respecto a las calles, las calles con respecto a las redes tecnológicas) presupone capitales diversos para su producción.

Cada uno de ellos presupone, repito, para su construcción, capitales o inversiones distintos y un ciclo—distinto para cada uno de ellos—de retorno del capital inicialmente invertido.

Esto explica la diversidad de cada uno de estos elementos, el hecho de que la ciudad, en su totalidad, se construya a través de elementos distintos e indiferentes los unos de los otros.

Valoremos ahora el modo en que cada uno de estos elementos producidos entra en el completo proceso de producción y reproducción del capital.

Pues bien, en relación con este problema, los distintos elementos dejan de presentarse como indiferentes entre sí.

Veamos, pues, cuál es el distinto valor de uso de cada uno de estos elementos en relación con las diversas fases del proceso de producción y reproducción del capital. Aquí conviene distinguir entre elementos de la ciudad en tanto que elementos que se ordenan a determinar, en un cierto modo, el proceso completo de la producción, es decir, que funcionan en relación con aquella fase del ciclo total del capital en que se produce la plusvalía; y elementos que se ordenan a la transformación de la fuerza del trabajo. Tal es el caso característico de las viviendas o de los servicios, e incluso de las calles y de las redes tecnológicas.

Ahora bien, si es cierto que «la acumulación que el capital puede registrar no depende de su valor, sino de la cantidad de materias primas y auxiliares, de la maquinaria y del capital fijo en general, de los elementos de subsistencia y de transformación de la fuerza del trabajo»,¹¹ si es cierto esto, la relación con que los dos órdenes de elementos, que se enumeraban anteriormente, participan en el proceso de producción y reproducción del capital, la relación con que se introducen en él tiende a modificar la composición interna del capital, en el sentido de aumentar la parte de capital invertida en maquinaria, y que se ha venido en demostrar precisamente capital fijo, en general, con respecto a la parte del capital variable.

Consideremos, pues, más minuciosamente, este aspecto del capital fijo. Recuerdo rápidamente algunas definiciones en la línea de contenido de la *crítica de la economía política* de Marx. Como es sabido el valor de cualquier mercancía producida en el sistema capitalista se expresa con la fórmula: $c + v + pv$,¹² siendo $c = \text{capital constante}$, $v = \text{capital variable}$, esto es salarios, y $pv = \text{plusvalía}$. En lo que respecta a c , esta parte comprende las materias primas que participan en el proceso del trabajo y no salen transformadas, así como la maquinaria. La diferencia entre materia y el medio de producción en relación con el ciclo de rotación del capital consiste en que mientras el capital constante reaparece entero al final de cada ciclo de rotación del capital, aquélla en cambio, referida a la maquinaria o capital fijo, es anticipada inicialmente por el capital y vuelve en rotación en momentos sucesivos. Es decir, la maquinaria participa en más procesos del trabajo. Conviene aun hacer una distinción más con respecto al capital fijo propiamente dicho, esto es maquinaria, y lo que podríamos denominar como condiciones generales del proceso del trabajo, es decir, entre la maquinaria que compete a una sola empresa y aquellos elementos que incumben a más empresas.

La diferencia entre ambas especies es la siguiente: que el capital fijo, en tanto que *condición general* de los procesos del trabajo, tiene en común con el capital fijo, en cuanto *maquinaria*, el hecho de que retorna en más procesos del trabajo, pero por otro lado tiene en común con la materia prima el hecho de que el capital no es anticipado por el capitalista, sino que se desembolsa de cuando en cuando y de ahí que reaparezca de cuando en cuando en la transformación final del producto. Por poner un ejemplo vulgar, podemos referirnos al hecho de que el uso del ferrocarril se pague cada vez que se efectúa tal uso.

Sin embargo, hay otra diferencia fundamental pertinente para comprender la aparición de la forma de ciudad, que compete al modo en que el capital fijo, como *condición general*, realiza su propia rotación (incumbe, por ejemplo, al modo en que se da la circulación del capital invertido en las obras de infraestructura); y esgriba en que tal rotación no se da al mismo tiempo que el consumo que de ella se hace. Es decir, mientras que para el capital invertido en una máquina hay un tiempo de obsolescencia que coincide con el tiempo de rotación del capital en ella invertido, no sucede lo mismo para los capitales invertidos en obras de infraestructura. Estas obras manifiestan una permanencia bastante más larga que el ciclo de reproducción del capital en ellas invertido. La red viaria radiocéntrica es, pues, ciertamente capital fijo, por el modo en que participa en el proceso de producción, pero en este caso hay un aspecto que la distingue de cualquier otro capital fijo, como es que tal «capital» no retorna en círculo en forma de *capital*, sino, por el contrario, en forma de *renta*.

La permanencia de la forma de ciudad se explica generalmente por el hecho de que el capital en ella invertido sucesivamente en el tiempo tiene una «larga duración». Esta afirmación no tiene en cuenta el modo en que vuelve en círculo el capital invertido, por ejemplo, en la red viaria, es decir, no tiene en cuenta el hecho de que, en realidad, el retorno en círculo del capital en ella invertido pasa a través de (y es condicionado por) las diversas formas de renta.

Y así, a partir de este equívoco, la forma que la red viaria asume, la forma radiocéntrica, y su permanencia, se suele explicar en términos de lo que constituye el principio de la economía marginalista. Es decir, se suele explicar en términos de máxima utilidad de los bienes que se presentan en número limitado.

En realidad, dicha forma representa simplemente —si la consideramos en los términos de la *crítica de la economía política*— el intento de reducir a un mínimo el monto del capital fijo invertido. A este respecto, la explicación de la economía marginalista sobre la racionalidad del comportamiento económico, como aquello que maximiza la utilidad de recursos escasos —en nuestro caso los elementos infraestructurales—, debe interpretarse precisamente al revés, en la medida en que la forma a que tales elementos se acogen despilfarran recursos abundantes. Es lo que explica el intento de maximizar la utilización de la fuerza del trabajo por unidad de capital invertido; esto es lo que explica la prolongación de la jornada de trabajo, la extracción de la plusvalía absoluta.

Si ahora consideramos el territorio en su totalidad, en tanto que capital fijo, no comprendido genéricamente en la acepción ordenada a aumentar la productividad social del trabajo —y aquí debemos referirnos necesariamente a la forma en que se presentan los procesos productivos, progresivamente más integrados entre sí, es decir, debemos referirnos al territorio en cuanto capital fijo, no precisamente en tanto que genéricamente *economía de urbanización* sino en tanto que lugar de la *combi-*

nación social del trabajo—, entonces, decía, si planteamos la cuestión en estos términos, los límites de la forma de ciudad aparecen evidentes; es decir, la permanencia de un determinado equilibrio de la red viaria remite a la presencia de la forma de propiedad, esto es, por un lado, presencia de la renta; y por otro, remite al intento, también presente en el seno del modo de producción capitalista, de reducir al mínimo la cantidad de capital fijo por unidad de trabajo empleada.

Esta permanencia, en resumidas cuentas, funciona como *causa antagónica de la caída tendencial del tipo medio de interés*.

Y, viceversa, la forma de ciudad permanece como expresión de la pura forma de propiedad, como valorización de la forma de propiedad, de donde se deriva su carácter de contradicción con respecto al desarrollo de las fuerzas de producción.

Notas

1. Reinhard Baummeister, *Stadt-Erweiterungen in Technischer Baupolizistischer und wirtschaftlicher Beziehung*, Berlin, Verlag & Korn, pág. 78.
2. Maurice Dobb, *Problemi di storia del capitalismo*, Roma, Editori Riuniti, 1969, pág. 51.
3. Adna Ferrin Weber, *The Growth of Cities in Nineteenth Century*, Ithaca N. Y., Cornell University Press, 1899.
4. Reinhard Baummeister, *Stadt-Erweiterungen in technischer baupolizistischer und wirtschaftlicher Beziehung*, Verlag & Ernest, 1876; Eugene Howard, *Études sur les transformations de Paris*, Paris, 1903-1909; Richard M. Hurd, *Principles of City Land Values*, New York, The Record and Guide, 1903; Ernest W. Burgess, *The Growth of the City*, Chicago, University of Chicago Press, 1925.
5. «Qualquier observador libre de prejuicios puede comprobar que cuanto más masificada es la concentración de los medios de producción, tanto mayor es el amoniamiento correspondiente de los obreros en el mismo espacio.» Esto se debe al hecho de que «todo capital individual es una concentración más o menos grande de medios de producción, con el correspondiente mando sobre un ejército más o menos grande de obreros», por lo que «la acumulación se presenta como una concentración creciente de medios de producción y del mando sobre el trabajo». Karl Marx, *El Capital*, Roma, Editori Riuniti, 1964, I (VII, 23), págs. 671-776. (Trad. cit.).
6. Karl Marx, *op. cit.*, III (III, 23), pág. 268.
7. Brian J. L. Berry, Frank E. Horton, *Geographic perspectives on urban systems*, Englewood Cliffs, N. Y., Prentice Hall, 1970, págs. 15-59.
8. John Friedmann, John Miller, *The Urban Field*, en "Journal of the American Institute of Planners", XXXI, 4, 1965, págs. 312-19.
9. Italo Magnani, *La teoria pura dell'equilibrio della città e gli effetti delle imposte*, Milán, Angeli, 1971.
10. Ira S. Lowry, *Modello di una metropoli*, Nápoles, Guida, 1972, págs. 132-141.
11. Karl Marx, *op. cit.*, III (I, 1), p. 53.
12. Karl Marx, *op. cit.*, III (I, 1), p. 53.
13. John H. Dunning, E. Victor Morgan, *An economic study of City of London*, George Allen & Unwin, Londres, 1971, pag. 248.

